

Manuel Ugarte

La tertulia de Empirón



IACINTO Empirón fué un centro-americano exuberante que sólo brilló para sus amigos, en caudalosas charlas, confirmando el desgaste generoso de una generación. Tabur de la vida, manirroto del espíritu, se despidió del mundo a los veinte y tres años, después de escribir orgullosamente en un pedazo de papel: «quedan las últimas cien pesetas sobre el velador, de propina para los sepultureros».

No dejó libros, ni memorias. Pero en el Madrid, hoy casi fabuloso, del año 1920, figuró como elemento esencial de una tertulia que reunió a escritores de renombre en un café sobre el cual he de escribir con calma algún día, ya que después de tanto andar por climas y medios diferentes puedo decir que nunca hallé atmósfera tan sobrecargada de lirismo, ni tan propicia al disparate redentor. Y alárguese aquí el paréntesis para insinuar la necesaria rehabilitación del disparate, único cohete espiritual que nos queda, en medio de sociedades uncidas al yugo de la mediocridad monótona y el egoísmo de hormiguero.

Sostenía Empirón que los escritores de todos los siglos se dividieron en dos escuelas: los sibaritas y los nobaritas. El era nobarita, porque no tenía dinero. Se negaba a ajustarse al léxico de la eternidad, porque el reloj, a su juicio, era el diccionario de las horas. Pretendía ser polifono, dado que tocaba cuerdas diferentes. Y se divertía—nos divertía a todos—jugando con las contradicciones y los aspectos inesperados del diario vivir.

Una tarde llegó enjugándose la frente:

—La ciudad está loca. Carretero ha abierto una sastrería. Paniagua un restaurante. Gallo una carnicería. No cabe, bien lo sé, lógica en los nombres. No exijo que el dentista se llame siempre Verdugo y el profesor de baile Minué. Hay Gordillos esqueléticos y Delgados que pesan cien kilos. Angel Castro es el hombre más pervertido de la ciudad. Pero urge imponer un límite. Hoy he encontrado a una mujer de ojos de ratón marchito que bautizó a sus hijos Hermógenes, Hipólito y Hermenegildo. Todos con hache, nacidos bajo el signo de la letra afónica que sólo se pronuncia mentalmente, como el destino de los que no deben ser nada. Estas cosas no se pueden tolerar...

Para hablar contra la hache esotérica, que confunde a los colegiales, tenía Empirón, desde luego, razones categóricas. Cuando ensayó en París su francés nonato, le desconcertó encontrar en el *Figaro* la rúbrica «Echos», que interpretó como hechos, con hache al principio también, cuando, en realidad, pese al signo in-

útil, significaba ecos, en español sin ninguna. Le aterró la evidencia de que hasta el otro lado del océano la letra odiosa que ni corta ni piucha, le seguiría jugando bromas de colegial. De aquí su beligerancia abstencionista y la inclinación a escribir temerariamente «ierro» y a unificar el hasta, preposición, con el asta de las banderas.

Pero su dinamismo disminuía los resbalones.

Tan enano y enclenque como charlatán y gesticulador, tenía algo de esas diminutas locomotoras arcaicas que arrojan torrentes de humo, producen ruido infernal y parecen devorar distancias, cuando apenas avanzan pocos metros. Todo era en él ornamental desgaire, como si para suplir la mísera apariencia extremara el manantial verboso, transformándose a ratos en histrión. Me parece estarle viendo aún, ceñido de su invariable y claudicante traje gris con rayas de ofidio.

Otra vez, se presentó angustiado, escenificando el chiste que fingía improvisar. Suspiró, se llevó las manos a la cabeza y exclamó dramáticamente:

Hoy se casó Julián, ayer Ramiro...

¡Esto ya es cosa de pegarse un tiro!

Acostumbrados a sus bromas, nos limitamos a felicitar al célibe que proclamaba la firmeza de sus convicciones en parcos endecasílabos. Oasis saludables en medio del literalismo torrencial; y travesura, además, inofensiva, cuyo destino era brillar un minuto, como los cigarrillos que aplastábamos en el cenicero.

Sin embargo, esa despreocupada concepción de lo cómico y de lo efímero frente a lo eterno, contenía el sentido final de la vida. Sólo admitiendo esa hipótesis se comprende que Empirón, no siendo nada, lograrse siotetizar el estado de alma de un grupo numeroso hasta dar su nombre a la tertulia.

Una noche declaró:

—En mi vida toda ha ocurrido por casualidad. No quiero establecer así una diferencia con los demás hombres. Si la diferencia existe, estriba en que los demás no reconocen el fenómeno y yo lo admito...

Claro está que la tertulia de Empirón tenía que ser inevitablemente empírica. Reunía elementos heterogéneos. Por haber publicado un libro o colaborado en un periódico, gozaban algunos de incipiente notoriedad. Se hallaban en mayoría, sin embargo, los inéditos, los intuitivos, los que lo esperaban desorbitadamente todo, precisamente porque no habían hecho nada. Y cabe declarar que estos últimos fueron los que trajeron el mejor aporte irreverente y dieron verdadera fisonomía al grupo.

Podrá parecer paradójica. Pero al contentarse con anunciar lo que se creían capaces de hacer, al desangrarse, teniendo talento, en mistificaciones, amoríos y algazaras, estos hombres compendiaron la más feliz distintiva de la época espumosa que intentamos evocar. En la agudeza espontánea, en el efímero juguete rimado, pusieron, pese a la burla, más grandeza que otros,

prematuramente fríos y formales, que palidieron tratando de equilibrar laboriosas páginas, destinadas, resbalosa ilusión, a la lúgubre eternidad.

Fueron los sonámbulos de la literatura. Una ciega intrepidez los emborrachaba. Caían sin alcanzar la meta, segados por la ametralladora de la realidad. Pero representaban el más puro lirismo dentro de la predestinación.

No faltará quien murmure ¡juventud romántica!, poniendo en la palabra «romántica» desdeñoso acento protector. Nosotros decíamos sencillamente ¡juventud! Porque la juventud fué siempre impulsiva, imprevisora, divinamente absurda. Sólo una menguada evolución de los tiempos y de los hombres podría hacerla cicatera o minuciosa y envenenarla con astucias o restricciones. Si alguna vez surge esa disminución, sobrarán los adjetivos, porque ya no será juventud.

Encarnaba Empirón la antítesis de otro muchacho, centro-americano también, que solía acercarse al grupo y a quien llamaremos Equis, para no molestar a nadie. Equis sólo pensaba en el mísero encumbramiento y era galeote de la vanidad minúscula. En vez de regalar ingenio, imitando a los que dan de comer a los pájaros, recogía y utilizaba, como propias, hasta las migajas de la conversación. Anotaba afanosamente en su carnet nombres de escritores y títulos de diarios, siempre al acecho de cuanto podía favorecer su ascensión. Consagraba sus horas a amueblar y sostener el teatro de muñecas, sin dedicar un solo instante a vivir. Esfuerzo es-

téril y aburrido. Porque al cabo de cuarenta años podemos comprobar que, pese a cálculos y ardides, no logró evadirse de la sombra. Ni siquiera ser feliz. La tosudez engendra la neurastenia.

Empirón, en cambio, estaba siempre alegre, aunque a veces saltaban en la irradiación eufórica vagas certidumbres pesimistas:

—En su sabiduría eterna—nos confesó una tarde —Dios hizo la vida de ciertos animales domésticos más corta que la vida del hombre: El amo se consuela fácilmente de la muerte del perro, pero el perro no se consuela nunca de la muerte del amo...

Amargura o pirueta que no le impidió leernos a continuación subrayando desorbitadamente el título «Disparates numerados», estas redondillas burlonas:

Se asegura que Unamuno
para evitar un tranvía
nombró arzobispo a una tía
que vendía churros—Uno.

Que en los libros de Galdós
batallones de felinos
avanzan en submarinos
tocando la flauta — Dos.

Que escapando de un inglés
convertido en terremoto
se resbaló en un poroto
don Pío Baroja — Tres.

Que en un dorado anfiteatro
tendió su escala de seda
y comió Salvador Rueda
carne de jirafa — Cuatro.

Que Azorín con terco ahinco
sembró el campo de tachuelas.
sin que crecieran las muelas
del alcalde de Alba — Cinco.

Que si está como lo veis.
Valle Inclán pálido y flaco
es porque hace con tabaco
siempre su merienda — Seis.

Que el dedo hasta el codo mete
por pescar una sardina
sin que consiga Marquina
lograr un éxito — Siete.

Que aunque Altamira está chocho,
el sol luce sobre Creta
y hay pescados con careta
sobre el Palacio Real — Ocho.

Que en altos montes de nieve
Blasco Ibáñez tiene granjas
donde cultiva naranjas
que valen un dólar — Nueve.

Y que huyendo de Jerez
Manuel Machado dió un brinco
y se metió en una nuez.
Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve — y diez.

A la tertulia solía acudir Rubén Darío cuando se hallaba en España. En una de esas apariciones, el poeta nicaragüense, habitualmente mudo, intervino también en el jolgorio. Como no le trajeran la vuelta del billete que había entregado al camarero, improvisó—rememorando acaso a los sarracenos que «nos molieron a palos, porque se ayuda a los buenos cuando son más que los malos»—una cuarteta de inspiración zarzuelera, pese al argentinismo que le hizo decir «el vuelto» en vez de «la vuelta»:

Si no me entregan el vuelto
no lo voy a reclamar;
lo que Dios tiene resuelto
se tiene que realizar.

La fascinación de la palabra con todos los arreboles que el espíritu añade al léxico diluía en lontananza las jerarquías y sólo quedaban niños jugando con globos de colores. Si la expresión «arte por el arte» tuvo significado, ningún ejemplo lo ilustra mejor que el loco afán de hacer caricatura con los consonantes, convirtiendo la sorpresa en trampolín de alegría. Infantilismo

intelectual, propio de soñadores y al fin de cuentas saludable, dentro de la inocuidad.

Fueron escasos los peregrinos de América que no se acercaron alguna vez a la tertulia de Empirón. Gómez Carrillo, Amado Nervo, el historiador Carlos Pereyra, el venezolano Gil Fortoul, discurrieron alrededor de las mesas de mármol, añadidas las unas a las otras, a medida que se hinchaba el grupo. Sin embargo, la voz dominante la llevaron siempre los desconocidos, los más recientes. Iniciaban al llegar, la aventura deslumbrante con la certidumbre de superar a sus predecesores. Muchos de ellos, con fundamento. ¿Por qué no? Desgraciadamente, la saturación ibero-americana de Madrid y de París había llegado al límite. Pocos lograron surgir. Unos volvieron, mustios, al terruño. Otros sucumbieron en la demanda. Pero el fogonazo delirante del primer ímpetu les hizo suponer que se hallaban por encima de todo. En ese relámpago hay que situar al grupo.

Un divino desequilibrio ponía alas de Pegaso al asno indócil de la rotación habitual. Se trastocaban los valores. Cambió la esencia humana. Y aunque el destino sonreía en la sombra, sabiendo que éste moriría bajo las ruedas de un tren, que aquél, con el tiempo, dirigiría un Banco y que el de más allá, cargado de hijos, acabaría siendo empleado de correos, nada podía acallar las fanfarrias triunfales, ni interrumpir los desfiles victoriosos que fingía la imaginación.

Así se desarrolló el cenáculo frente al cual Empi-

rón, juglar ultramarino, sacaba de su sombrero encantado las maravillas de la selva y los colores del sol, Manigua y trópico. La palabra era ensueño, alegría, optimismo. Y en la gloria de vivir, saltaba la expansión juguetona, desde el epigrama bien adjetivado, hasta la farsa ingenua de soltar en el café una bandada de pájaros para desarticular las conversaciones.

Los que no han conocido un café madrileño no pueden hacerse idea de lo que fué la Torre de Babel. El café madrileño no tiene semejanza con el café de París, de Viena o de Buenos Aires. Participa, más bien, del ambiente de la plaza de toros. Como que en realidad, las corridas españolas empiezan en el café con vocingleros vaticinios y tempestuosas parcialidades, para epilogar en el café también los entusiasmos frenéticos o las estruendosas maldiciones. El café es cancha o ring donde el profesor, el cómico, el señorito, el torero, el artista, el holgazán practican el pugilato de las palabras, el fútbol de las ideas o el catch as can de las cóleras. Cuanto pueden existir dentro de los conocimientos y las emociones tiene en el café su estridente bolsa de cotización, porque, después de todo, la taza de caracolillo, el chato de manzanilla, la copa de valdepeñas o la cerveza intrusa sólo sirven de pretexto para desquiciar el mundo y volverlo a construir.

La tertulia de Empirón encontró, pues, en el café su clima y se incrustó en un ángulo de la sala inmensa para amenizar con americanismos herejes la rotación ortodoxa de las zetas. Después de todo, el cónclave

exiguo coincidía con el gran escenario de la Historia, confirmando en parentescos las tendencias divergentes.

El comensal más asiduo—porque nadie llegó nunca antes, ni partió después—fué el viejo poeta mexicano Luis G. Urbina, cuyos versos dulzones, embalsamados de ámbar, hacían lagrimear por entonces a las mujeres... Acaso soy injusto al encasillarlo en el pasado. No hay eclipse sin luz. La navegación a vela de la gloria depende del capricho de los vientos. Por encima de las modas literarias, Urbina quedará como uno de los buenos poetas que ha producido el Nuevo Mundo.

Bajito, gordo, jovial, efusivo, grandilocuente, de bigote escaso y piel oscura, un tanto sebosa, hablaba siempre en pinceladas de colores y en metáforas relucientes. Con copas o sin ellas. Porque nunca se supo cuando le faltaban o le sobraban. El «viejecito»—así le llamaban sus paisanos desde la juventud—hizo de la embriaguez el estado habitual y plácido, sin desafiaciones ni paréntesis, sin misterio ni alboroto, como si cultivase una normalidad, nunca empañada por la desalentadora ausencia o la indiscreta presencia de Baco.

Se complacía en amplificar las glorias de México, hablando de balaceras, zopilotes, enchiladas o tequilas; y solía evocar con emoción la silueta del malogrado Bernardo Couto Castillo, a quien yo conocí también y traté en tierra mexicana.

Recuerdo que al salir de una fiesta en la que por

entonces se llamaba calle Plateros intenté evadirme, deseoso de poner término a la juerga y advertí a Couto Castillo:

—Se está acabando la noche . . .

—No importa — contestó, reteniéndome — compraremos otra . . .

Murió joven Couto Castillo y no podemos saber si compró también en mundos nuevos otra existencia. Pero al recordar sus aventuras, Urbina y yo sentíamos la misma alegría. La palabra parece disonar. Sin embargo, la muerte de los que han vivido no entristece. Sólo asusta la muerte de los que se fueron sin vivir.

Luis Urbina fraternizaba con todos, grandes y chicos, renombrados o inéditos. Su lírica exaltación, su bondad generosa, su despreocupación por las cosas del mundo, le hacían soportar con mansedumbre hasta los versos invertebrados que leían ciertos poetas jóvenes. Porque ya empezaban los manicomios a poner en libertad a las hordas adversarias de la eufonía y el ritmo, que interrumpieron, en parte saludablemente, hay que reconocerlo, la somnolencia lunar de los románticos.

Aunque permanecía fiel a las líneas consagradas y aunque sus madrigales de crepúsculo mariposeaban en las antologías, Urbina, como buen ácrata de las letras, dejaba el campo abierto a los innovadores. Podían las músicas disonantes convertirse en imprevisto baile de antropófagos. No le impidió nunca el estrépito seguir recitando beatíficamente, de memoria, y elogiando, sin

envidia, la composición de su compatriota José Juan Tablada titulada «Onix», tan difundida por entonces:

Torvo fraile del templo solitario
que al vago resplandor del lampadario
o a la pálida luz de las auroras
desgranas de tus culpas el rosario,
yo quisiera llorar como tú lloras.

Después venían—era de cajón—las invocaciones al guerrero («yo quisiera matar como tú matas») y al enamorado («yo quisiera querer como tú quieres») para terminar declarando, con la falsa incredulidad del siglo XIX:

No hay un Dios, ni un amor, ni una bandera.

Pese a los años y a los defectos, merece ser recordada esa poesía que marca el estado de espíritu de la generación que nos precedió. Contra la negación universal entendimos reaccionar nosotros, declarando, exageradamente también, que creíamos en todo, aunque sin dar importancia a nada. Porque el pesimismo y el escepticismo endémico, pasaron las espigas que se abrían, —siempre en los ismos— a la credulidad y a la euforia sin freno.

Aunque era, en realidad, la piedra angular de la tertulia, Urbina, modesto y tímido, proclamó jefe supremo a Empirón. Poco tuvo que ver en ello la litera-

tura. No era posible admirar la obra de quien no había producido nada. Lo que aplaudíamos, lo que enviábamos, lo que nos deslumbraba, era la inaudita espontaneidad, la risa estentórea, la malicia sin agresión, el ímpetu dionisiaco que le permitía abrir a cada instante, con manos de gnomo, todas las puertas de oro. Nos fascinaba el ambiente creado por el goce de vivir, por el olvido de los egoísmos, por el gesto independiente.

Así se avino el grupo entero a colaborar bajo la batuta mágica en discutibles parodias burlescas, como cuando profanábamos la tumba del drama clásico español para jugar con el esqueleto venerable del drama calderoniano:

Empieza el terrible drama
cuando media noche dan;
un balcón sobre una dama,
y una sombra en el galán.

Muy donjuanesco y ladino
va a probar nueva fortuna,
pero interviene la luna
con el rayo del destino.

Cuando van saliendo a flote
las intrigas del villano,
sale de pronto un garrote
llevando al padre en la mano.

En la puerta del jardín
se resuelve la querrela:
lanza un grito el espadín
desnudando a la doncella.

Y después, el cuadro horrendo
en la calle desolada:
la carroza desmayada
y el cadáver que va huyendo...

Una revista bullanguera captó el juguete, arbitrariamente reproducido después, y acaso algunos lo leyeron. Pero, en general, las redondillas familiares de los tertulios y las discusiones en verso—con aterrizajes forzosos en el ripio—no salvaron nunca, los límites de la mesa del café. Chistes, epigramas, rasgos afortunados o comentarios ingeniosos, todo estaba destinado al consumo local. No se enturbiaba el placer de decir con el afán de publicidad. Cada cual traía, sin reservas, al fondo común, su desinteresada contribución; y así nacieron y murieron las ocurrencias, sin padre oficial, para solaz de todos.

Claro está que la tertulia, ágora abierta, conoció al ensimismado que busca pretextos para hablar de sí mismo, al impertinente que aburre, al tonto que desconcierta y al vicioso que hace residir el talento en la dosis de morfina. A esta última zona pertenecieron algunos discípulos de Julio Herrera y Reissig y de aquel otro poeta, también uruguayo, Roberto de las Carre-

ras, que sólo vió a la Bella Otero en postales y le dedicó, sin embargo, un canto ejecutivo que empezaba:

Tu voluptuosa falda será mi facistol...

Pero el ambiente rechazaba cuanto podía traer fermentos menguados, disolventes o morbosos. El presumido, el dogmático, el necio o el catecúmeno se vieron gradualmente empujados, de silencio en silencio, a la cola de la mesa, hasta que pusieron pie en la calle.

Si estas evocaciones fueran una cadena de apologías no tendrían interés para el lector, ni las escribiría yo con el gusto con que las escribo, recreándome en la exhumación de escenas y figuras que, por ser humanas, no pudieron dejar de tener su faceta enfadosa o ridícula, dentro de la perspectiva, a la vez irónica y conciliante, que impone el tiempo transcurrido a la afanosa brega de los hombres. Pese a la tolerancia indiferente, resultan siempre incómodos los botarates y los pánfilos, aunque también puedan ser útiles, al servir de antítesis a otras figuras.

Sólo resulta interesante, para algunos, lo que a ellos se refiere o lo que les favorece en forma directa. Eri-gen el yo paupérrimo en peregrina central liliputiense a la cual sueñan atar todos los hilos de la creación. Así brota, en hornadas de egoístas, agriados o envidiosos, la impotencia nociva que envenena la ciudad. En la tertulia de Empirón, por el contrario, nadie pensó nunca sacar provecho de nada. Se desvaneció lo

que llamaremos geografía política del hombre, para exaltar, impersonalmente, el ingenio, la voluptuosidad de juzgar y sonreír. Nos crispaba sobre todo la vanidad papelera. Más cerca estábamos de los que cultivaban la copla anónima, la nota bufá o el juguete pueril. Como lo hacía aquel colombiano parlero y tumultuoso—llamado, creo, Ascencio—que lanzó una noche, desde un campanario construído en su imaginación, el lamento más inesperado:

Tan, tan, tan...
 las campanas piden pan,
 ton, ton, ton...
 porque el cura es regañón,
 tan, tan, tan...
 pero viene el sacristán
 ton, ton, ton...
 y les trae un carretón.
 Por eso alegres están
 tan, tan, tan...
 las campanas con el pan.

Desgraciadamente, el balbuceo infantil se complicó después con versos invertidos, en los cuales declaraba Ascencio que «las cartas rotas de amor son campos de margaritas», confiando visiblemente, en la rima dadivosa que debía llevarse a «las citas», para terminar el cuarteto.

En el recuerdo sobrenada la figura del cuentista ar-

gentino Alberto Tena, que escribía para aquel casi olvidado «Fray Mocho», desviación rebelde, triunfal un instante, del «Caras y Caretas» de Buenos Aires. También he de evocar al ecuatoriano César Arroyo, romántico impenitente, henchido de idealismos que le llevaron a escribir un libro sobre José Vasconcelos y otro sobre el que firma esta crónica. Orgullosa a la vez de su ascendencia indígena y de su cultura ibérica, Arroyo se hallaba tan impregnado de lecturas clásicas, que compuso, influenciado por Manrique, esta letrilla:

La mujer del cerrajero
que es infiel desde la infancia
declara con arrogancia
que el deber es lo primero...
Pero; pero, pero, pero...

El prócer camandulero
que siempre vendió su influencia
proclama con insistencia
su desdén por el dinero...
Pero, pero, pero, pero...

Seguían dos estrofas, que no alcanzo a reconstruir, hasta dar en el tope:

El mundo es un burdalero
donde de uno y otro modo
nos consolamos de todo
con la monserga del pero.

Estoy citando de memoria. Los papeles, si los hubo, se perdieron. Alrededor de Empirón todo fué verba. Sólo queda la tradición oral, como al rededor de los personajes mitológicos.

Era, por lo demás, aquel grupo, una conjunción de grandeza desganada, desorden sistemático y aturdida imprevisión. Se escribieron sonetos que el viento se llevó por la ventana. Más de una vez se evitó la publicidad para prolongar la embriaguez de esperarla. El prestigio negativo, la jerarquía por omisión alcanzaron galones. Se vivía en todo momento fuera del mundo, y del mundo se ignoraban las recompensas, cultivando la fórmula más alta del orgullo: la que consiste en colocarse por encima de él. Locura de infinito, o más exactamente, locura de Empirón, nigromante absurdo de quien dijo Darío:

«... hay que poner a Jacinto
sobre un plinto,
con una quimera al cinto».

Pero... (como en la letrilla antes citada no podía faltar el pero) la tertulia terminó al cabo de un año en forma dolorosa. Pese al ambiente que supo crear, pese a la burla perpetua, Empirón ardió en su propio fuego hasta que el metal rojo y maleable cayó entre las piezas de la realidad. Nadie pudo prever el suicidio con que puso fin a su vida vertiginosa. A su vida paradójal, diremos. Porque una decepción de amor sirvió de epílogo.

Hay siempre una hora misteriosa en que se revela el alma de los hombres y se resuelve su horóscopo. Desmintiendo el apotegma «no hay que tomar nada en serio», Empirón acechó hasta el amanecer el regreso de la amiga frágil. La vió despedirse tiernamente de otro hombre en la esquina. Y para no profanar el nido de ensueño, interpuso su cadáver en el umbral de la puerta.

¿Debo añadir que el tercero del triángulo no pensó nunca que su encuentro con la coqueta generosa podía causar la muerte de un amigo? La culpable misma, aclimatada por el género epidérmico y fugaz, no dió importancia a la aventura. Pero es peligroso despertar al sonámbulo que avanza en equilibrio entre dos despeñaderos. Puede caer del lado de la vida o del lado de la muerte.

Así quedó enterrada la tertulia, que había estado, en cierto modo, presidida por un fantasma. Más que hombre, nos reunió el universo deslumbrante y falaz en que creímos estar viviendo, el espejismo del sistema planetario inexistente al cual nos ajustamos sin saber lo que hacíamos. Era imposible, sin embargo, negar la evidencia. Superior o pésimo, ese cosmos fantasmagórico nacía de Empirón. El naufragio o la elevación era la obra suya. Sólo cuando se fué descubrimos que había sido el más poeta de todos. Porque con él desapareció el imposible, lo mejor de la juventud.

Remotos clarines anunciaban la dispersión. Obedeciendo a ritmos nuevos, por causas que no tuvieron re-

lación entre sí y que no se relacionaban directamente con la desaparición del taumaturgo. Tena volvió a Buenos Aires, Arroyo pasó a ocupar el consulado en México, Rubén se instaló en París, yo en Niza, otros más jóvenes desaparecieron sin dejar rastro. Sólo quedó en su sitio de siempre, como esperando a nuevas generaciones, el infatigable viejecito Urbina, un tanto disonante y anacrónico, pero fiel a la consigna irreal.

Viña del Mar.